

como ocurriera con el mito de *Fausto*, y que le sirve a Boukovski de hilo conductor en toda su obra, había sido conjurado.

A partir de ahora, todos los hombres y mujeres de lo que fue la antigua Unión Soviética, son dueños de su propio destino y empezarán a sentir en carne propia «ese lacerante dolor de la libertad».

Guillermo A. Pérez Sánchez
(Universidad de Valladolid)

MIJAIL GORBACHOV, EL GOLPE DE AGOSTO. LA VERDAD Y SUS CONSECUENCIAS, Barcelona, Ediciones B. Serie Reporter, 1991 (279 pp.).

En el largo camino hacia la desintegración de la Unión Soviética, que se consumó el día de Navidad de 1991, aparecen tres hitos fundamentales: el primero es el proceso contra Stalin, que tuvo lugar en las sesiones del XX Congreso del PCUS, en 1956, cuando Jruchev presentó su «Informe Secreto», la llamada desestalinización. El segundo hito no es otro que la *perestroika* o cambio reconstructor de Gorbachov, a partir de 1985. Ambos sucesos quedan definidos perfectamente por la célebre cita de A. de Tocqueville: «el momento más peligroso para un mal régimen es el que se produce cuando intenta mejorarse a sí mismo». El último hito es el intento de golpe de Estado del 19 al 21 de agosto de 1991.

El caos de la situación económica, la desesperación de la población y su lucha por la supervivencia, la paulatina descomposición de la unidad *imperial* y la pérdida de poder por parte del partido comunista, entre otros aspectos, supusieron el caldo de cultivo en el que intentó fraguar el golpe de Estado de agosto de 1991 en la Unión Soviética. Fiel a su historia, el golpe fallido fue protagonizado por la vieja guardia del partido comunista, conforme al mandato de Lenin de mantenerse siempre, como lo fueron los viejos bolcheviques, «vanguardia del proletariado». Al parecer, la camarilla comunista quería, cumpliendo al pie de la letra las consignas de siempre, salvar al país de los soviets del «enemigo de siempre» (el imperialismo/capitalismo occidental), parar en seco las desastrosas reformas de Gorbachov (sobre todo las económicas, que, efectivamente, no habían resuelto los problemas, problemas que había creado la ortodoxia marxista-leninista) y llevar la «pax» soviética a todos los territorios de la Unión o del *imperio* (incluso a las tres repúblicas bálticas que al comienzo de la guerra mundial habían sido *raptadas* por el Estado soviético). En suma, volver a los tiempos *dorados* de la obediencia ciega a los designios del PCUS.

Sin embargo, el golpe de Estado fue abortado. Los golpistas, muy poco dotados en las artes bonapartistas, no consiguieron ninguno de sus objetivos, y con su actuación, incluido el secuestro del Presidente de la URSS, aceleraron definitivamente los acontecimientos, que habrían de suponer, sobre todo, el fin de la preponderancia comunista, y más concretamente del partido bolchevique fundado por Lenin, la desaparición o disolución del aparato represor del Estado, la KGB, la independen-

cia de las tres repúblicas bálticas (Lituania, Estonia y Letonia) y, finalmente, la propia desintegración de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas.

Los acontecimientos de agosto de 1991 han pasado a la historia. Y para que la historia lo juzgue, Mijail Gorbachov ha escrito su versión de los hechos. El libro, que ahora presentamos, supone un punto y aparte en la evolución vital y política del antiguo dirigente comunista. Un testimonio de primera mano. Se comprueba la superchería de los golpistas, pero también su impericia. Para Gorbachov fue un golpe reaccionario contra la democracia (¿quiénes eran los reaccionarios?, ¿quiénes eran los demócratas?, que cada lector acomode las respuestas según sus preferencias, pero adviértase el uso indiscriminado que se hace del lenguaje). Lo que interesa es esto otro: «En aquella situación -afirma Gorbachov-, los conspiradores acometieron el intento de devolver el país al totalitarismo». Lo que confirma nuestra tesis según la cual la URSS era un régimen totalitario de izquierda (aunque se escriba derecha). Al mismo tiempo, Gorbachov ha sacado otras lecciones del golpe: lo que importa realmente -dirá el antiguo líder soviético- es la libertad y la democracia; el socialismo es sólo una parte de la ecuación democrática.

Las jornadas de agosto determinaron, además, una lectura crítica por parte de Gorbachov de toda la historia del pueblo soviético y, sobre todo, de la propia revolución de octubre: ésta no fue una auténtica revolución del *pueblo*, la perversión de los ideales de la revolución fue obra de J. Stalin, y toda la historia posterior no fue otra cosa que el desarrollo del modelo de Stalin. Gorbachov todavía pretende salvar a Lenin del «basurero» de la historia (término tan querido a Trostki y al propio Lenin), pero su juicio sobre la *gran* revolución deja a toda la camarilla bolchevique -incluido Lenin- a los pies de los caballos: «los resultados históricos de la revolución de Octubre no fueron aquellos con los que contaban las personas que hicieron la revolución». Si esto es así, podemos concluir que el experimento soviético, desde un primer momento, fracasó. Esa es la última lección que sacó Mijail Gorbachov de los tres días de agosto. Demasiado tarde.

Guillermo A. Pérez Sánchez
(Universidad de Valladolid)

MANUEL CASTELLS, *LA NUEVA REVOLUCIÓN RUSA*, Madrid, Editorial Sistema, 1992 (145 pp.).

Antes de que el profesor Manuel Castells publicara el presente libro que ahora reseñamos, veníamos reflexionando sobre los cambios que se estaban produciendo en la antigua Unión Soviética en los últimos años y que podíamos calificar de *revolucionarios*; sobre todo, los acaecidos desde el fallido golpe de Estado de agosto de 1991 hasta la renuncia de Gorbachov al cargo del presidente de la URSS en la Navidad de 1991, que supuso, también, la desaparición oficial y formal del Estado soviético que fundara Lenin y consolidara Stalin.